

Pero la traicion echó pronto por tierra lo que la traicion habia construido. Uno de los tres visires nombrados por Ahmed para gobernar con él el nuevo imperio, llamado Mohammed-Beg, habia permanecido secretamente fiel al sultan, y velaba, como la venganza, en el divan mismo del traidor. Un puñado de turcos emboscados por sus órdenes en una casa del Cairo, esperaban la hora de sorprender y herir al usurpador. Mohammed-Beg les daba los avisos y señales. Un dia que habia salido Ahmed de la ciudadela con una escolta poco numerosa para tomar un baño en las estufas de la ciudad, los genízaros confidentes de Mohammed salieron armados de su emboscada, asaltaron las guardias del sultan y forzaron las puertas del baño. Advertido Ahmed por el tumulto no tuvo mas tiempo que para escaparse por el techo, á medio afeitado, lanzarse desnudo en un caballo y refugiarse en la ciudadela. Pero Mohammed-Beg abrió sus puertas á los genízaros que persiguian á Ahmed. El recinto de la ciudadela vino á ser á su voz un campo de batalla entre los partidarios del usurpador y los turcos. Los mamelucos cubrieron el suelo con sus cadáveres. Ahmed no escapó á la muerte sino con la fuga. Seguido solamente de veinte mamelucos montados, atravesó á nado el Nilo, y se refugió en el desierto en casa de un scheik árabe que le entregó á

Mohammed-Beg. Su cabeza fué enviada á Constantinopla. El Egipto sublevada un momento volvió á la obediencia; Mohammed-Beg fué recompensado por su fidelidad al sultan, con el empleo de intendente general de los rendimientos del Nilo bajo el nuevo gobernador de Egipto Kasim-Beg.

XV

Despues de este triunfo, estrechó Soliman los lazos que le unian con su jóven visir, dándole por esposa á su hermana. Semejante favor tenia por objeto desalentar á la envidia. La magnificencia de las fiestas celebradas en el serrallo y en la capital con este motivo, añadió á la autoridad del visir el prestigio de su parentesco con el señor del Imperio. La descripcion de estas fiestas atestigua el esplendor á que habia llegado en ménos de tres siglos la córte de los príncipes otomanos. Ayas-baja, segundo visir, estaba encargado de las funciones de paraninfo ó representante del esposo. Vino con cortejo al serrallo á invitar al sultan mismo á las bodas. Aceptó Soliman la invitacion, y en términos magníficos hizo el elogio de su

amigo que era ya su cuñado. Presentes dignos de un rey de Persia colmaron las bandejas de su hermana. Durante ocho dias seguidos hubo espléndida mesa para todas las órdenes civiles y militares. Al noveno acompañó el sultan á la esposa al palacio de Ibrahim, seguida de toda su córte civil, religiosa y militar, entre dos muros de seda y oro que formaban las paredes de las casas ricamente colgadas en todas las calles que atravesaba el cortejo imperial. Sentado en la sala del festin imperial entre el Mufti y el preceptor de príncipes, ennobleció y santificó el banquete con las sabias conferencias que se suscitaron entre los doctores, letrados y poetas de sus academias. Serviale el copero mayor los sorbetes, bebida de agua á medio helar, endulzada y perfumada, que la religion permitia, en una copa hecha de una sola turquesa tallada y guarnecida de oro, piedra preciosa, única en su especie, pasada de conquista en conquista de los reyes de Persia al tesoro de Timur y los sultanes.

Al décimo dia se paseó por las calles el trofeo nupcial de los otomanos, llamado *Palmas de las Bodae*. Estas palmas artificiales, símbolo de la generacion, imitan todas las formas de árboles y animales, de modo que pueden con su confusa reunion ofuscar la vista de los espectadores. Su masa y elevacion prodigiosa son un signo de la potencia de los esposos, y

presagio de la fecundidad de los matrimonios. Hay á veces necesidad de ensanchar las calles, abatir las puertas y techos para hacerles sitio. Una de estas palmas para el matrimonio de Ibrahim se componía de sesenta y cuatro mil maravillas de la naturaleza ó el arte. Por ocho dias recibió al sultan el favorito en su palacio construido sobre el hipódromo. Desde allí asistió á las iluminaciones, luchas y regocijos públicos, y á los epitalamios recitados por los poetas en honor de los jóvenes esposos.

Cuatro meses despues de estas bodas, envió el sultan á Ibrahim á Egipto con una flota de doscientas velas que conducia un ejército honorífico. El objeto de este viaje y cortejo era arreglar soberanamente ciertas cuestiones de rivalidad, suscitadas entre el gobernador de Egipto Kazim-bajá, y el intendente general Mohammed-Beg. Para aumentar la majestad de su gran visir y favorito con un acto que pareciese hacer creer que le habia hecho su colega en el imperio, le acompañó Soliman hasta las islas de los Príncipes. El historiador otomano de estereinado, Djelalzadé, nota que esta deferencia casi obsequiosa de un sultan, acompañando á su visir, es única en la historia del Oriente. Pero Soliman queria engrandecer así á los ojos de los pueblos el prestigio de su propia autoridad, honrándola él mismo en la persona del

amigo que era su depositario. La naturaleza y el rango le habian hecho demasiado grande para temer las comparaciones y rivalidades con sus servidores; se abandonaba á la amistad, seguro de encontrar siempre la omnipotencia.

XVI

El viaje de Ibrahim por el Archipiélago, á Rodas, Siria y Egipto, no fué mas que el triunfo de un próconsul que llevaba consigo la sombra de su Señor. Pacificó las diferencias, limitó las atribuciones, organizó con precoz sabiduría la conquista; fijó en ochenta mil ducados al año el contingente del impuesto de Egipto para el tesoro de Constantinopla. Nombró gobernador de Egipto en lugar de Kasim, al beglerbeg de Siria Suleiman bajá. Su vuelta á Constantinopla renovó las pompas y respetos de su partida. Los genízaros le salieron al encuentro como para la entrada del sultan. Soliman II le envió un caballo árabe con arneses que valian doscientos mil ducados, para que fuese mayor la magnificencia de su cortejo. Ibrahim ofreció á su Señor un turbante

enriquecido con piedras preciosas de un valor igual. El Señor y el esclavo afectaban de intento igualarse en su munificencia.

XVII

Demasiado habia mostrado Soliman durante la ausencia de su gran visir, que la fuerza que daba á su ministro la prestaba solo á su carácter. Durante una estancia que habia hecho en Andrinópolis para distraerse con el ejercicio de la caza, los genízaros de Constantinopla, poco dóciles todavía, se habian sublevado. El pretexto de su insubordinacion era la prolongada ausencia del sultan que consumia, segun ellos, el tiempo en los bosques del Hemus, en lugar de presidir á los cuidados del gobierno en la capital. Sublevados á consecuencia de estos murmullos, y ávidos siempre de ocasiones de tumulto, habian saqueado el palacio del gran visir Ibrahim, de Ayasbajá, del defterdar y el cuartel de los judíos. La capital consternada se preguntaba si iba á volver á ver los tiempos de Selim.

Soliman recibió la nueva de estas sediciones y

robos mientras estaba á caza de ciervos en el valle de Toundja, vecino á Andrinópolis. Sin entrar en la ciudad volvió la cabeza de su caballo hácia Constantinopla, y seguido de un corto número de sus familiares, llegó sin que le esperasen al palacio de las *aguas dulces* de Europa, kiosko de placer en un valle sombrío, á algunos pasos del arrabal de Ayub. Advertido por los fugitivos de la ciudad y las vociferaciones de esta soldadesca, de los nuevos escesos con que los genizaros estaban consternando en aquellos momentos á la capital, vuelve Soliman á montar á caballo, se precipita en medio de los facciosos, los reprende y somete á la disciplina, échales en cara sus crímenes, les manda entrar en sus cuarteles y denunciar al instigador. Escuchado al principio, insultado luego, es rechazado por la sedicion, siempre creciente, hasta las puertas del serrallo, donde su caballo herido por el hacha de un genízaro cae debajo de él. Vuélvese el sultan á pesar de la nube de piedras y flechas que llueven sobre su cabeza, estiendo tres veces su arco, mata de tres flechazos otros tantos genizaros de los mas próximos al serrallo; despues, armándose con el sable defiende con un puñado de bostandjis la entrada contra esta turba, y da tiempo á los spahis para que vengar en socorro de su señor. Los genizaros asombrados de tan intré-



FE
T. 17. p. 248.

PALACIO DE LAS AGUAS DULCES.

pida majestad y abrumados por las imprecaciones de la capital, caen á sus piés, huyen ó vuelven á sus cuarteles. Soliman les arenga, con el sable aun sangriento en la mano. Perdona á los soldados, castiga con indulgencia á los gefes, destituye á Mustafá, aga de los genízaros, sospechoso de debilidad ó complicidad en sus escesos. Todos vuelven á entrar en orden. Pero convencido Soliman, por estas turbulencias de que la ociosidad de estos pretorianos era un peligro perpétuo para el trono, llamó á Ibrahim de Egipto para concertar con él una guerra pronta y popular, diversion necesaria para la turbulencia de sus soldados.

A la vuelta de Ibrahim se resolvió la guerra siempre santa, nacional, popular, es decir la guerra de Persia. Echemos una mirada sobre este imperio despues de la derrota de Schah-Ismael en Tauris.

XVIII

Aunque dueño de la Persia, Ismael-Schah por la retirada de Selim despues de su victoria de Tauris, habia muerto de vergüenza y dolor en Ardebil. Ha-

bíale sucedido tranquilamente su hijo Tahmasp, de diez años de edad. Los tártaros uzbegs se habian aprovechado de la minoridad de este niño para invadir el Korasan, provincia fronteriza que domina la monarquía persa. El jóven Thamasp, aguerrido ántes de tiempo y secundado por los soldados de su padre, habia rechazado los tártaros. Ardía en deseos de vengar en los turcos la afrenta de la jornada de Tauris y de reconquistar las riberas de la Mesopotamia enclavados en el imperio turco. Sus ejércitos paulatinamente reformados y adiestrados bajo su mando por la gloria que su jóven soberano les habia reconquistado, estaban prontos á una nueva lucha con los otomanos. Así dos príncipes igualmente jóvenes y ávidos de gloria, uno en Ispahan otro en Constantinopla, esperaban con igual impaciencia la hora de medirse en el campo de batalla de sus padres.

« Si en tu naturaleza viciada enteramente por el
« cisma, » escribió Soliman á Thamasp, « hubiese
« un átomo de honor, hubieras muerto de vergüenza como tu padre; pero has sobrevivido para
« ser objeto de nuestra desdeñosa compasion y para
« temblar bajo la eterna amenaza de mi sable.
« ¿ Porqué no has enviado embajador á mi córte, á
« donde afluye todo el mundo, y que puede compararse al cielo, para que nos preste vasallage y se

« prosterne á nuestros piés? Tu delirio y orgullo me
« deciden, si Dios lo permite, á pasar á Oriente,
« quiero plantar mi tienda en el Iran, en Turan, en
« Samarcanda y el Korasan. Solo mis campañas victoriosas contra Belgrado y Rodas, estas dos fortalezas, las mayores de la tierra, y maravilla del mundo, han podido retardar hasta ahora mi expedicion á Persia. La casa de los falsos dioses en Occidente es por nuestros esfuerzos el templo del islamismo, el sitio de sus ídolos ha sido cambiado en mezquita de creyentes; guárdate ahora, que dirijo hácia tí mis riendas victoriosas. Te aviso, porque es uso de héroes declarar la guerra con anticipacion al enemigo. Vístete el hábito de monge de tus antepasados, quita de tu cabeza la corona, acepta la condicion de dervis, y ocúltate en el retiro de tu humildad. Si quieres venir á mendigar á mi puerta un pedazo de pan en nombre de Dios, te lo daré generosamente; de lo contrario, aunque te escondas en el polvo como la hormiga ó huyas por los aires como el pájaro, no dejaré de alcanzarte.
« Responde á este firman, que hiere como el destino, y aconséjate de las circunstancias. Feliz el que sigue la voz de la salvacion! »

Esta carta era una declaracion de guerra en términos semi-salvages y caballerescos de los prínci

pes de Oriente; pero los consejos de Ibrahim decidieron á Soliman á terminar primero algunas querellas del imperio en el Danubio con los húngaros, válacos, moldavos y transilvanos, enemigos mas cercanos é inquietos de sus provincias de Europa, ántes de conducir sus ejércitos á ciento cincuenta jornadas de Constantinopla en el corazon de la Persia. Estos consejos prevalecieron en el espíritu del sultan sobre su deseo de medirse con Thamasp. Su juventud le daba la paciencia, esta virtud de los designios bien concebidos. No le faltaban pretextos para operar sobre el Danubio, pero no eran todos legítimos.

La viuda y un hijo de siete años del último soberano de Valaquía, cautivos de Selim, se consumian en Constantinopla. Indignados los boyardos ó señores feudales del país por esta desheredacion del hijo de su príncipe, habian elegido en su lugar á un monge de su raza llamado Radul. Los diputados que habian enviado á Selim los boyardos, para que se sancionase la eleccion, fueron ahorcados como facciosos. Se corrió á las armas. El monge soberano, vencido por Mohammed-Beg lugar teniente de Selim, habia implorado ayuda á Juan Zapolya, conde húngaro y otro de los Huniades. Temiendo la intervencion del heróico Zapolya, fingieron los turcos reconocer el derecho de los boyardos de elegir á su prin-

cipe. Trescientos caballeros turcos habian llevado á Radul la investidura del sultan; pero en el momento en que el monge alargaba la mano para recibir la carta, bandera, tambor y haz de armas, símbolos de la soberanía, el comisario turco le derribó á sus piés de un golpe del haz de armas. Al rumor de esta traicion, franqueó Zapolya la frontera de Valaquia con sus húngaros, y despues de cinco victorias restableció sobre el trono de los valacos á otro monge del mismo nombre y familia. Este segundo monge Radul, no consolidado en Valaquia, habia tratado con el sultan, yendo á Constantinopla á ponerse á mercéd de su generosidad. Habiale retenido Soliman honrosamente, enviando en su lugar otro boyardo llamado Wlad para que gobernase la Valaquia en su nombre. Pero pronto llamó á Wlad y restituyó á Radul el principado tributario.

Por aquel mismo tiempo, uno de aquellos belicosos obispos soberanos que á la par combatian, gobernaban y catequizaban en esas comarcas bárbaras, Pablo Tomori, habia humillado á los turcos venciendo á Ferhad-Beg general de Soliman en Siria. La cabeza del general otomano cortada por el obispo, cuarenta banderas y una multitud de esclavos habian sido enviados por Tomori en homenaje al rey de Hungria. Frangipani, general del emperador Maxi-

miliano, llamado al Danubio desde Italia con diez y seis mil soldados aguerridos que vendian su sangre á los príncipes, habia igualmente vencido á Kosrew-bajá en Croacia. El honor del nombre otomano y la reparacion de tantos reveses exigian una campaña decisiva en las fronteras del imperio. Soliman la abrió por sí mismo; Ibrahim mandaba á sus órdenes. La administracion de ambos era un solo pensamiento. En lugar de distraer su amistad los cuidados del imperio, la concentraban en una voluntad y accion incesantemente comunes. Además de las reuniones diarias del divan, á que asistia Soliman desde una ventana con celosías que daba á la sala, los dos amigos se escribian á todas las horas del dia, y se acostaban á menudo en el mismo cuarto para instruirse aun durante los intervalos del sueño de los negocios del estado. Disgustado Soliman de la ignorancia y rusticidad de los guerreros, visires y cortesanos de su padre, solo en Ibrahim encontraba la elegancia del talento, las luces de la conversacion, los horizontes de la política que caracterizaban á él mismo. Apasionado de la música como Saul, como María Estuardo de Escocia, como Carlos II de España ó como Federico de Prusia, el talento de Ibrahim para tocar la flauta ó el violin era un atractivo mas que le unia á su favorito.

Los sonidos de estos instrumentos mitigaban el fastidio del trono.

XIX

Cien mil hombres y trescientos cañones salieron con él de Constantinopla. Dejó segura su capital en manos de un mufti ilustrado y de un caimacan, especie de dictador, cuya fidelidad habia experimentado en Egipto. Era el mufti Kemal-bajá-Zadé; el caimacan Kasim, antiguo gobernador del Cairo. Sucedia esto el 23 de Abril de 1526, dia especialmente feliz para los otomanos, porque se enviaban todos los años en el mismo los caballos de las cuadras del sultan á pacer el forrage en los campos fecundados por la primavera, y porque era lunes, dia en que el profeta Mahoma emprendió los dos grandes viajes del hombre, el nacimiento y la muerte.

El diario de las campañas de Soliman que tenia á la vista hora por hora durante un largo reinado, permite á la historia seguir paso á paso la marcha del sultan. Avanzó el ejército en columna hasta Sofía.

Una disciplina severa é inexorable preservó á las ciudades y campos de Bulgaria de todo daño por el paso de las tropas. Soliman é Ibrahim vengaban sin piedad á los paisanos de la menor opresion de los soldados. El sultan y el visir se separaron en Sofía para marchar en dos columnas sobre Peterwardein, plaza fuerte de Hungría en las llanuras mas allá del Danubio. Asediada Peterwardein por cien mil hombres de Soliman y otros, cien mil auxiliares que se le habian incorporado en el Danubio, en doce dias cayó en poder de Ibrahim. El sultan entró en ella por entre una hilera de mil cabezas de húngaros cortadas. De allí siguió por el Danubio y el Drava hasta Enek, por donde pasaron este último rio doscientos mil turcos sobre un puente construido por los ingenieros del ejército, avanzando lentamente por un suelo pantanoso hasta Mohacz, nombre obscuro entónces, y despues ilustrado con la sangre de dos razas, mezclada en la batalla. Los húngaros fortificados esperaban allí á los turcos en unas colinas plantadas de viñas que dominan los pantanos de Kraso. El grito de guerra de los otomanos, *¡Dios lo quiere!* que habia sido el grito de los cruzados, porque todos los pueblos alistan á Dios en su causa, estalló por sí mismo en todo el ejército á la vista de los húngaros escalonados en las lomas de Mohacz. Sucedia esto el 28 de

agosto de 1526 al caer el dia, Ibrahim vestido con el sencillo traje de paje del serrallo, como para desaparecer mejor delante de la magestad de su señor, vino muchas veces durante la noche á las tiendas de Soliman para concertar con él la batalla.

Al salir el sol, Soliman cubierto con una coraza damasquina de plata y oro, ornada la frente con un turbante blanco sobre el cual ondulaban tres plumas negras de avestruz, se colocó encima de una eminencia para dominar con la vista á los dos ejércitos. Rodeado de sus visires y bajás, distribuyó con una palabra á cada uno su puesto, papel y órdenes. Sabia que la victoria está en el pensamiento mas bien que en el brazo del general. Sus triunfos en sus dos primeras campañas daban á sus mandatos la autoridad de la experiencia, del genio y la fortuna. Sus lugar-tenientes mas antiguos creian ya en él. Hizo que asistieran á este consejo de guerra no solo sus generales, sino tambien soldados veteranos elegidos en cada cuerpo, á fin de que el pensamiento de la batalla circulase de boca en boca en las filas.

Despues de haber promulgado y motivado rápidamente sus disposiciones, se volvió sonriendo hácia un viejo genizaro llamado Altudja, que asistia silencioso á la deliberacion con la coraza en la espalda, el casco en la cabeza, el carcax acuestas y el sable en la

mano. « Veamos, » dijo al soldado, « ¿sabes tú algo mejor? ¿Tienes que dar algun consejo á tu padischah? — Sí, » dijo el veterano, « es batirse inmediatamente. » Este consejo pareció al sultan la mejor inspiracion. « ¡ O Dios mio! » exclamó levantando las manos al cielo y dejando caer algunas lágrimas de emocion, « la fuerza y la victoria están en tí solo; ven en ayuda del pueblo de tu profeta. » A estas palabras esparcidas de boca en boca por el frente del ejército, todos los caballeros se precipitan de los caballos teniendo la brida con los dientes; prostérnanse en el polvo, extendiendo los brazos en ademan de orar, y montan despues á caballo, blandiendo sus sables á la vista del sultan. Por una prevision experimentada del arranque compacto é irresistible de la caballería húngara, Soliman habia ordenado á sus soldados abrirse delante de las cargas de estos escuadrones, y cerrarse en seguida, despues que pasaren para evitar su choque, y oprimirlos entre sus flancos. Con este designio habia dejado vacío un espacio inmenso entre su línea de batalla, los bagajes y reserva, para que la base de sus movimientos no fuera jamas alcanzada y comprometida por las repentinas irrupciones de la caballería enemiga. El gran visir Ibrahim mandaba el ejército de Asia á la cabeza; Kosrew-bajá el ejército de Europa en segunda línea, el sultan en medio de los ge-

nizaros, como una nube ocultando el rayo, tenia á sus órdenes la reserva.

La batalla siguió instintivamente las fases que el genio de Soliman é Ibrahim le habian trazado de antemano. La caballería húngara bajo el mando del obispo Tomori, salvó como una ola irresistible el ejército de Asia, que se abrió en frente de ella, viniendo á desvanecerse entre la primera y segunda línea del ejército otomano. El rey de Hungría Luis II, seguido de sus mas esforzados caballeros y de su reserva de coraceros cargó sucesivamente sobre el ejército de Asia y el de Europa, atravesó estas dos líneas bajo una nube de flechas y una lluvia de fuego, llegando hasta la eminencia donde el sultan le esperaba con treinta mil genizaros. Descubriéronse baterías de cañones que abrieron anchas brechas en los flancos del ejército húngaro. Pero lo que no habia sido derribado por la metralla se encarnizaba en el asalto de la eminencia donde brillaba la coraza de Soliman. Treinta caballeros del rey comprometidos bajo juramento á morir juntos ó hacer prisionero al sultan, llegaron hasta la cima de la colina. Separados de su padischah por el tumulto de la pelea, los genizaros rechazaban en los flancos de la loma los asaltos del rey. Un grupo de pajes y eunucos moria á los piés del sultan por cubrir su persona. Tocaban ya los ca-

balleros su coraza con la punta de sus lanzas, cuando á los gritos de los pajes llegaron corriendo los genízaros, y cortando por detrás las piernas á los caballos húngaros echaron al suelo revueltos en sangre á los ginetes. Sus cabezas cortadas fueron el primer trofeo de la victoria. Las líneas del ejército de Asia y Europa reformadas y replegadas por Ibrahim aprisionaron al ejército húngaro entre tres murallas de hierro y fuego. Las descargas de artillería lo hacían pedazos. Unos morían buscando la fuga, otros alcanzados en ella por los genízaros se hundían con sus caballos en el fango de los pantanos. Así desapareció el rey Luis, sin que jamás pudiera ser hallado su cuerpo á pesar de los rastros de su sangre. Su casco de acero mal templado, dijeron sus pajes, había sido hendido de un lanzazo, la sangre inundaba sus espaldas; su caballo le llevaba casi exánime hácia el pantano. El agua estancada del Danubio fué su única tumba. Este era el segundo rey de Hungría, á quien la ambición de sus nobles empujaba, para su desgracia, á una lucha desigual con los turcos, despues de la fatal jornada de Varna. Era el segundo héroe coronado cuyo cuerpo buscaban en vano los turcos vencedores entre los cadáveres sobre el campo de batalla. Dos horas habían bastado para que se decidiera la suerte entre dos príncipes y razas. Dos días y dos noches

estuvo rodando el Danubio los cuerpos de los hombres y caballos que se habían precipitado en el rio para evitar el hierro ó el fuego de los turcos. La llanura y el pantano se había tragado el resto. Las músicas de los dos ejércitos agrupadas por Ibrahim en la eminencia, en que se habían levantado las tiendas del sultan, difundían sonatas de victoria por las tinieblas en la llanura enmudecida. Al día siguiente recorrió lentamente el sultan á caballo con Ibrahim el campo de batalla, buscando el cuerpo del rey de Hungría, consolando á los heridos, felicitando á sus soldados y gozando sin inhumanidad de su fortuna. Mandó construir un kiosko y cavar un pozo en el sitio mismo donde se había librado de las lanzas de los húngaros. Su coraza abollada y su casco roto llevaban las marcas de sus golpes.

XX

En una parada militar semejante á la de los reyes de Persia ó de Alejandro, Soliman, sentado en un trono de oro, bajo una tienda de escarlata, recibió al siguiente día el homenaje de sus visires, bajás y ge-